

An aerial photograph of a beach. The top half shows the golden sand, and the bottom half shows the turquoise ocean. A person wearing a bright red dress is lying on their back on the sand, with their arms raised. The text is overlaid on the image.

Gerard
Quintana

El hombre
que vivió
dos veces

Ibiza, 1999. María y sus hijos, Ángel y Alba, de cinco y siete años, llegan a la playa una apacible tarde de septiembre después de saber que el vuelo del padre, Salvador, ha sido cancelado y que llegará con el último avión de la noche. Lo que pasará en aquella pequeña cala cambiará todo para siempre.

Esta es la increíble historia de Salvador Martí, el hijo que tendrá que luchar contra el destino cuando recibe una herencia envenenada de su padre; el chico que, avergonzado del mundo, encontrará pronto refugio en las páginas de los libros; el poeta que buscará su reflejo en las palabras de las mujeres y los hombres que, antes que él, supieron escribir con belleza y verdad su despedida.

El viaje que vivirá Salvador, a través de los personajes que irá encontrando a cada lado del espejo, es un canto a la vida, que desdibuja las fronteras entre la realidad y la imaginación, entre las obsesiones y los sueños, entre el bien y el mal, entre Dios y el Diablo. El protagonista verá cómo se borran los límites entre la vida y la muerte, como dos caras de la misma moneda.

Índice de contenido

Cubierta

El hombre que vivió dos veces

Inicio (1999)

1. La muerte
2. La belleza

Final (2026)

1. La piedad

Primera parte (1989-1991)

1. El saltamontes
2. El topo
3. El loco
4. El heredero
5. El espejo
6. El petricor
7. La mariposa
8. El zorro
9. La poesía
10. El ángel
11. El alba

Segunda parte (1999-2001)

1. El abismo
2. El viaje
3. El príncipe
4. Alícia y el diablo
5. La pastora
6. La primera muerte
7. La flauta de Pan
8. El zapato

Tercera parte (2002-2007)

1. El bosque
2. La barca
3. El predicador
4. La torre

Final (2026)

1. La otra vida

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

*Por toda la añoranza de los
que no pudieron escribir su despedida*

*Nasce um Deus. Outros morrem. A verdade
Nem veio nem se foi: o Erro mudou^[1].*

«Natal», FERNANDO PESSOA

*Y me abrió, con la espada, el costado,
y me arrancó el corazón, que palpitaba,
y una ascua ardiente y humeante
puso dentro de mi pecho entreabierto.*

«El profeta»,
ALEKSANDR PUSHKIN

*Per essere poeti, bisogna avere molto tempo:
ore e ore di solitudine sono il solo modo
perché si formi qualcosa, che è forza, abban-
dono,
vizio, libertà, per dare stile al caos^[2].*

«Al Principe», *La religione del mio tempo*,
PIER PAOLO PASOLINI

INICIO
(1999)

1

LA MUERTE

Las nubes cambiaban de forma a gran velocidad y dibujaban extrañas figuras en el cielo mientras el viento, bailando en círculos, levantaba ligeramente la arena a su paso. Todo parecía tranquilo y en orden en la pequeña cala. Maria avanzaba a trompicones por la playa tras dejar el camino de tierra y cruzar un tramo de rocas cargada con las bolsas, el colchón medio deshinchado y la sombrilla roja. A pesar de sus movimientos aparentemente torpes, su figura no perdía el aire ligero de los más bellos y coloridos lepidópteros. El vestido estampado revoloteaba bajo el peso de su carga. Su pelo, del mismo color que el cobre, se arremolinaba alrededor de unos grandes ojos de miel que verdeaban con los reflejos de la tarde de comienzos de septiembre. Pese a la prisa por no quedarse atrás, daba pasos cortos arrastrando las chanclas tratando de no perder el equilibrio. Los niños ya corrían alborotados hasta el rompiente de las olas.

Después de dar los últimos pasos soltó toda la carga sobre la arena. El viento, que seguía jugando alrededor de Maria, levantó esta vez de forma descarada su vestido. Dejó que volara y trató de recuperar el aliento, jadeando todavía por la caminata. El pelo le cubría la cara y buscaba la grieta que se abría entre sus labios finos y secos. Se enfrentó a la brisa impetuosa, se lo sujetó en una cola alta y acto seguido llamó a Àngel y a Alba para que cogieran sus

toallas, las extendieran en el suelo y dejaran su ropa ordenada. Aunque tenían prisa por meterse en el agua, primero los obligó a comerse los bocadillos de tortilla que había preparado al mediodía. Se había levantado inquieta y preocupada sin motivo y había estado todo el día dispersa pasando de una cosa a otra sin terminar nada. Aún no habían comido. Àngel dio dos mordiscos y volvió a dejar el bocadillo en la bolsa. Llevaba demasiadas horas hecho y el pan parecía de goma, le costaba tragar, y la tortilla ya estaba fría y seca como la mojama. Alba ni siquiera lo probó. Se habían pasado el día esperando la llegada de su padre, pero después de un largo retraso, el vuelo había sido cancelado y no le habían dado otra plaza hasta el último avión de la noche. Mientras algunas de las personas que quedaban cerca de ellos empezaban a recoger las cosas y a irse de la playa, tal vez por el estorbo que provocaban los chillidos de Alba perseguida por su hermano, ella se quitó el vestido de flores violeta y amarillas que tanto le gustaba a Salvador. Era su forma de decirle que la espera se le había hecho larga. Siempre que se lo ponía él le decía que la impregnaba de un aire insolente, y al poco rato acababan haciendo el amor en cualquier rincón de la casa. Así habían llegado los niños. Sonrió mientras lo guardaba en una de las bolsas. Aquel vestido era la génesis de su maternidad. Tenía la ligereza de la seda y la belleza de un jardín salvaje. Le sentaba muy bien, era como su segunda piel, le decía él. Era el mismo que llevaba el primer día que se encontraron en plena lluvia de verano, diez años atrás. En cuanto tuvo a Salvador delante de ella, ya no le dejó escapar. La mariposa se convirtió en una araña dulce y delicada, pero una araña al fin y al cabo, que supo tejer su telaraña, aunque los hilos fueran de un amor incontestable.

A unos metros de distancia, un poco más cerca de los límites que separaban las dunas del declive terroso y el pinar salvaje, un hombre extraño la observaba tras unas ga-

fas de espejo. De vez en cuando, el sol se reflejaba en ellas y su luz se proyectaba sobre el cuerpo de Maria. Cuando ella se desprendió de la parte superior del bikini, el hombre se las quitó para verla mejor. Tenía los ojos saltones y rojizos y la mirada turbia sobre unas ojeras hinchadas y oscuras. Le llamó la atención el tamaño de su nariz. Con las gafas puestas parecía que llevara una máscara, había pensado Maria. Pero cuando se las quitó, la máscara no desapareció, sino todo lo contrario, se hizo más grotesca. En el hombro derecho se intuía una joroba prominente que resultó más evidente cuando se inclinó hacia delante para sacudir la ceniza del cigarrillo. La luz le molestaba. Aun así, abrió los ojos de una forma exagerada antes de cerrarlos y ponerse de nuevo las gafas. Parecía que pudiera ver en su interior. No lo había visto al llegar; si le hubiera prestado atención, habría buscado otro lugar donde instalarse, pensó Maria con creciente incomodidad. Habría jurado que allí no había nadie. Desvió la mirada hacia donde estaban los niños. Quería aprovechar aquellas últimas horas de luz. Nunca le habían gustado las marcas del bronceado. Tenía la piel muy blanca y por eso intentaba huir de las horas en que picaba más el sol y evitaba el bañador para no terminar pareciendo un helado de fresa con franjas de nata ante Salvador. Esta vez, sin embargo, se dejó la parte de abajo. Mientras sacaba la bomba de aire para terminar de hinchar el colchón e introducía la punta del tubo en la válvula de goma, aún se sintió más incómoda. Sobre todo cuando se levantó para presionar con el pie el pedal de la bomba. El movimiento reiterativo hacía que sus pechos se movieran como dos campanas repicando a media tarde mientras el reflejo que proyectaban las gafas iba pasando de uno a otro sin ninguna medida. Sentía en todo momento los ojos de aquel hombre sobre ella. Los niños habían cogido las palas y los cubos y empezaban a levantar un castillo con la arena húmeda a un par de metros del agua. Maria se detuvo y se puso de nuevo

la parte de arriba del bikini, mirando desafiante a aquel hombre, y por un momento estuvo a punto de volver a ponerse el vestido y a cambiar de sitio, pero no lo hizo. El hombre la seguía observando sin disimular en absoluto. Llevaba un bañador corto y ceñido que dejaba cada vez más en evidencia sus capciosos pensamientos. Todo en él parecía desproporcionado. Esta vez, el reflejo de la luz del sol en su mirada de espejos la deslumbró y por un momento se desorientó. En seguida cambió de posición para evitarlo y siguió presionando el pedal, ahora con el otro pie. El hombre seguía fumando con parsimonia detrás de ella, con los ojos clavados en aquel repetitivo balanceo. Ella tiró de las gomas de la parte inferior del bikini y se volvió de nuevo para no dar la espalda al desconocido. Cada vez que hacía fuerza con el pie debía impulsar todo su cuerpo sobre el pedal, y la repetición de ese movimiento hacía que la tela ajustada se fuera replegando y acabara apesada entre sus nalgas. Buscó con la mirada y vio en la otra punta de la cala a dos parejas tumbadas y a un chico que salía del agua y se envolvía con una toalla. No se atrevía a mirar hacia el lugar donde estaba el hombre de la joroba y del *slip* monstruosamente abultado que apenas lo cubría. Una vez más estuvo a punto de cambiar de sitio y acercarse a aquel grupo. Pero luego decidió que bastaba con tomar la iniciativa para no darle pie a nada.

—¡Mamá, ¿podemos meternos en el agua?! —gritó Àngel.

—¡Esperad, voy en seguida! —respondió, mientras aprovechaba para mirar fijamente al desconocido. Tenía una edad indefinida y llevaba un tatuaje en la pierna derecha de un corazón invertido y debajo un nombre desdibujado pero aún legible: DUQUE.

De repente, se dirigió a él:

—Oiga, ¿podría vigilar mis cosas mientras me baño con los niños?

–¡¡Mmm!! –dijo él, asintiendo con la cabeza pero sin decir una palabra más allá de su gruñido, aparentemente desconcertado, mientras lanzaba el cigarrillo a la arena y se incorporaba para sentarse en la toalla como si le hubieran pillado en una travesura. Sin embargo, reaccionó con rapidez y retomó su postura de gárgola, aún con más concentración, al tiempo que se tocaba el bigote bien recordado sobre el labio superior, parapetado otra vez tras las gafas.

–¡Gracias! –respondió ella. A continuación se volvió de espaldas, se quitó de nuevo el sujetador del bikini, se puso el colchón bajo el brazo y corrió decidida hacia el agua –. ¡¡Alba!! ¡¡Àngel!! ¡¡Vamos antes de que se vaya el sol!!

Soltó el colchón de un azul profundo como el del mar lejano muy cerca de la línea del horizonte, sobre el agua turbia. Después saltó y se lanzó encima, lo que hizo que se hundiera y que se sumergiera con él antes de volver a flotar. Sintió el agua reavivando su cuerpo. Los niños dejaron los utensilios en la arena y se sumaron a ella en seguida, tratando de imitar el gesto de su madre. Eran pequeños; ambos se situaron a lado y lado de la anchura del colchón, y, pese a ser individual, había sitio para los tres. Maria sintió una paz como hacía mucho tiempo que no experimentaba. Se olvidó del hombre de la playa, que se había puesto de pie y seguía observándola mientras se adentraban sin pausa en las aguas de la cala. Se estableció un silencio amable y cómplice con sus hijos. Habían comenzado a mover las piernas, impulsando suavemente el colchón cada vez más lejos de la arena. Entre el chapoteo del agua le pareció oír un piano desgranando poco a poco una melodía de misteriosa belleza que le puso la piel de gallina, pero se dio cuenta al momento de que era imposible, que solo podía estar dentro de su cabeza. La música no podía sonar en medio del mar con aquella definición, no había ningún barco cerca. De pronto, Alba, a su derecha, empezó a tararear una cancioncilla tranquila, alegre y triste al

mismo tiempo, de una gran melancolía, con una vocecita que aún la hacía parecer más pequeña. A Maria le dio un vuelco el corazón.

—¿De dónde has sacado eso? —le dijo a su hija. La niña siguió cantando antes de responder. La voz de Alba iba reproduciendo la melodía del instrumento de viento que se había añadido al piano.

—¿El qué, mamá?

—Esta canción que cantas, ¿de dónde ha salido?

—Se la está inventando —dijo en seguida Àngel—, como siempre.

Maria se quedó un rato muda. Era la misma música que seguía sonando dentro de su cabeza. Parecía imposible que una niña de cinco años pudiera inventarse una melodía de aquella complejidad armónica. En casa no habían oído nunca aquella pieza, aunque Salvador era un gran amante de la música.

—¿Tú también la has oído? —le preguntó a Àngel, que con la fuerza de sus siete años no había dejado de impulsar el colchón con los pies arriba y abajo, inclinándose ligeramente frente al débil impulso de los perezosos movimientos de su hermana y de la inacción de su madre, que permanecía inmóvil y pensativa en medio de los dos críos mientras el colchón avanzaba de lado.

—¿El qué, mamá? ¿Que si he oído qué?

Ella volvió la cabeza en un latido de realidad y vio la playa muy lejos, demasiado. Solo quedaba el hombre de las gafas de espejo. Las vio brillar con el sol, que apenas empezaba a caer. Su figura era diminuta. Inmediatamente se dio cuenta de que la corriente los empujaba cada vez a más velocidad mar adentro. Podía ver las grandes rocas de Es Vedrà y Es Vedranell, imponentes a su izquierda, moviéndose más y más rápido, y podía oír la música creciendo en intensidad, mientras el piano subdividía el compás.

—Tenemos que bajar del colchón, deprisa.

Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. Los niños protestaron; no querían lanzarse a esas aguas cada vez más oscuras. Ella volvió a mirar hacia la playa, donde había dejado sus cosas, y vio que el hombre movía la sombrilla, que no había abierto. Ella le hizo una señal con la mano.

–¡¡Ayuda!! ¡¡Auxilio!!

–¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué gritas así? –la interrumpió Àngel.

–No pasa nada –respondió mientras veía cómo el hombre le hacía un gesto de despedida con el brazo, cogía sus bolsas y se dirigía hacia el camino escarpado que llevaba al pequeño restaurante junto al que estaba el aparcamiento donde habían dejado el coche. La corriente arrastraba el colchón cada vez a más velocidad.

–¡¡Eh!! ¡¡Eh!! –volvió a llamarle–. ¡¡Ayuda!!

Pero el hombre seguía caminando sin mirar atrás y en seguida quedó fuera del alcance de su vista.

Estaba sola. Se dio cuenta de que con sus gritos ponía más nerviosos a los niños. Alba se había echado a llorar. Había que tomar una decisión. Cogió las manos de su hija, que se aferraba con todas sus fuerzas a los bordes del colchón, para que se soltara. Àngel fue más obediente. Se lanzaron al agua y dejaron que la corriente se llevara el colchón mar adentro. ¿Cómo podía haberse distraído de esa manera? Aquella música... seguía sonando como si nada. Intentaba volver hacia la orilla, pero la corriente la empujaba en dirección contraria. Llevaba a la niña cogida con un brazo, y con el otro no tenía fuerza suficiente para hacer frente a la intensidad del mar.

–¡Àngel, haz el muerto! –dijo para poder pensar.

–¿El muerto? –respondió el niño jadeando, mientras movía brazos y pies para no hundirse–. ¿Por qué?

–¡Quédate boca arriba y espera!

No tenía suficientes brazos para ambos.

Maria tragó una bocanada de agua mientras lanzaba a su hija lo más lejos posible para tener tiempo de recuperarse antes de avanzar un par de brazadas hacia la playa. Tosió cuando llegó hasta donde había caído Alba. Cada una de estas maniobras suponía un gran esfuerzo que la dejaba exhausta. Cuando volvía a estar a su lado, la niña se subía y se agarraba a ella en cuerpo y alma, empujándola hacia el fondo y haciendo difíciles sus intentos por volver a flotar. La cogía del pelo; la niña no entendía que su madre se separara de ella ni para coger aire, y empezó a llamar a su padre. Maria no podía más. Sacó fuerzas sin saber de dónde. No quería perder de vista a su hijo, que trataba de flotar boca arriba, pero no lo conseguía. La música sonaba cada vez con más dramatismo, despertando una sensación desconocida para ella hasta ese momento, similar a la que debe de tener el personaje de una película trágica cuando llega al final de su guion. A pesar de sus esfuerzos, no podía luchar contra la corriente que los arrastraba en dirección opuesta a la costa. En ese mismo instante supo que no saldría adelante. Parecía que aquella melodía se hiciera cómplice del mar en su maniobra envolvente. Los violines hicieron que su corazón se encogiera. Cogió a sus hijos y los apretó contra su cuerpo. Hubiera dado su vida por ellos allí mismo, y así lo deseó con toda su alma. Pero se hundían los tres, juntos. Ella no era una columna lo suficientemente alta para mantenerlos en la superficie. Había agotado sus fuerzas. Dejó de sentir su contacto, confundidos con su propia piel. Cerró los ojos después de lanzar un grito de desesperación y en la última bocanada, vencida por el esfuerzo, sintió cómo su corazón se rompía en mil pedazos. La música llegaba al clímax. Aún le quedó aire para decir, con la garganta llena de agua:

–¡¡Os quiero!!

–¡¡Mamá!!

El grito de Alba saltó afilado en todas direcciones.